Los ojos de Chávez Post-Verdad y Populismo en Venezuela

Rafael Sánchez*

RESUMEN

El siguiente artículo busca comprender las relaciones ambiguas que el populismo, en general, mantiene con la 'verdad', y con las instituciones y procedimientos democrático-liberales, a partir de un estudio empírico detallado de una concretización histórica específica. Se plantea que la diferencia con los 'antiguos' populismos está en una relación contingente, dinámica y momentánea entre líder y 'pueblo', la cual asimila a la 'post-verdad' a nivel discursivo y a la ambigüedad tribalizada del pueblo y a la liquidez institucional. Se propone discutir cómo ciertas características de los nuevos populismos se traducen en 'dominación(es) sin hegemonía' y se introducen una serie de conceptos que contribuirán al análisis de otras experiencias globales.

PALABRAS CLAVE

Populismo; Venezuela; Hugo Chavez; dominación; hegemonía

ABSTRACT

The article aims at providing a novel understanding of the ambiguity and complexity of the relations that 'new' populisms hold with liberal democratic institutions and procedures, and with the notion of 'truth'. The author contends that, unlike 'old' populisms, novel iterations are characterized by rather dynamic, ambiguous and contingent relations between the leader and the 'people'. This is at the basis of the emergence of post-truth discourses coupled with a tribalized identity of the 'people' and everchanging institutional forms. While the discussion revolves around the Venezuelan case,

* Rafael Sánchez es Senior Lecturer en el *Graduate Institute of International and Development Studies* en Geneva, Suiza. Ha llevado a cabo extensas investigaciones en Venezuela. Sus publicaciones se han enfocado en el estudio de los medios de comunicación, política de masas, populismo y mediaciones espiritistas. Su libro *Dancing Jacobins: A Venezuelan Genealogy of Latin American Populism* ha sido publicada en la primavera de 2016 con Fordham University Press.

the article provides abstract concepts and clues to analyze other 'new' populist experience under this conceptual armory and how this socio-historical interlocking of post-truth, tribalism and liquidity is translated into modes of domination without hegemony.

KEYWORDS

Populismo; Venezuela; Hugo Chavez; dominación; hegemonía

Introducción

' **B**uenos días Venezuela, tenemos Asamblea Constituyente.... Ocho millones largos, en medio de las amenazas (...) retando la bala de los paramilitares, cruzaron ríos, en el Táchira cruzaron montañas, pero votaron por la Asamblea Nacional Constituyente...' ¹ Con estas palabras dichas minutos después de la medianoche del 31 de julio de 2017, una vez el conteo de los votos ya se había cerrado, el actual presidente de Venezuela, Nicolás Maduro Moros, anunció que el nuevo organismo a cargo de llevar a cabo un reordenamiento radical de la sociedad venezolana había sido electo con el apoyo masivo de la población. Hablando desde Londres, en una conferencia de prensa televisada celebrada apenas dos días después de la declaración de Maduro, Antonio Mugica, vocero de Smarmatic, la compañía que con pleno apoyo gubernamental desde 2004 ha venido proporcionado la plataforma electrónica encargada del conteo de los votos en las elecciones venezolanas, contradijo de plano al presidente. Esto es lo que Mugica dijo en esa ocasión: 'con el más profundo pesar tenemos que informar que la data de participación del pasado domingo 30 de julio para la elección de la Asamblea Constituyente fue manipulada... Estimamos que la diferencia entre la cantidad anunciada y la que arroja el sistema es de al menos un millón de votos'. ²

Si desde un punto de vista numérico la declaración de Maduro no sólo contradice todas las evidencias disponibles sino también la percepción pública —todo, en efecto, hace suponer, primero, que la distancia entre el estimado presidencial y el número de venezolanos que efectivamente votaron por la propuesta del gobierno fue mucho mayor que el millón de

¹ El suceso señalado por el autor se puede observar a través del siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=CUyu5WHyOOk> [Nota del editor]

² El suceso señalado por el autor se puede observar a través del siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=Bhqnn0lM2IM> [Nota del editor]

votos anunciado por el experto de Smarmatic, y, segundo, que el público estaba consciente de la discrepancia³ —desde un punto de vista político la situación es otra. Políticamente hablando la singular desfachatez con la que a contrapelo de los hechos y de las percepciones y sin que ni por un momento le temblara el pulso Maduro comunicó a sus seguidores que el gobierno contaba con la mayoría en las urnas es, ella misma, altamente significativa.

Lejos de ser casual, semejante desprecio por los ‘hechos’ es en sí mismo revelador de la lógica de gobierno subyacente al tipo de populismo que el chavismo representa. Según esa lógica de Humpty Dumpty—‘una palabra significa solo aquello que yo elijo que signifique’, le dice Humpty Dumpty a Alicia en *Alicia a Través del Espejo*—independientemente de lo que Smarmatic o cualquier otra agencia similar pueda decir, el ‘pueblo’ es una entidad homogénea. No solamente eso, sino que, ‘más de ocho millones’, incontable como los granos de arena en el océano, ese ‘pueblo’ es necesaria y excluyentemente chavista. Como tal, siempre se mantendrá unido como un solo hombre detrás del ‘gobierno del pueblo’, vale decir, de su propio gobierno con Nicolás Maduro a la cabeza. El resto, el ‘no-pueblo’, simplemente no cuenta. Y todo esto, por definición, simple y llanamente porque al presidente o a algún otro personero del régimen así se le da por proclamarlo.

En caso de que en el pronunciamiento de Maduro se quiera ver mero desplante o fanfarronería latinoamericana, baste con señalar que en los discursos de Donald Trump se pueden encontrar un sinnúmero de pronunciamientos semejantes. Por ejemplo, la así llamada controversia ‘birther’ en torno al lugar de nacimiento de Barack Obama que Trump animó desde su plataforma mediática según la cual Obama no habría nacido en los Estados Unidos simplemente porque según la disposición racista de

3 Según casi todas las encuestas previas a la consulta electoral la vasta mayoría de la población ni favorecía la propuesta gubernamental ni se mostraba favorable al presidente.

sus seguidores era absolutamente imposible que ello hubiera sido así. O, más recientemente, cuando Trump insistió a contrapelo de las evidencias que las masas presentes en su inauguración eran las más numerosas que nunca se hubieran visto en un evento semejante. En otras palabras, tanto para Trump como para Maduro, independientemente de los hechos y de los números, ‘el pueblo’ es simplemente aquello que, muy a lo Humpty Dumpty, ellos designan como tal, y ese pueblo, por definición la mayoría, siempre los apoya. El resto, el no-pueblo o el anti-pueblo, sin importar cuan numeroso sea, son simplemente aquellos que han sido identificados para ser ya sea sometidos, ya sea exterminados.⁴

Asumo aquí que la discrepancia entre las declaraciones del presidente y las del experto de Smarmatic es sintomática del tipo de populismo post-verdad que, no solo en Venezuela sino en todas partes, ha venido surgiendo en años recientes como respuesta a la globalización neoliberal prevaleciente a nivel global.⁵ Enumero, sin ningún orden preciso, algunas de sus características: la intensa movilidad y la deslocalización, el sometimiento a la condición de mercancía de sectores cada vez más amplios de la vida social, la destrucción de formas de vida seculares, el desarraigo radical, la fragmentación social y política, la desregulación y la privatización de sectores cada vez más amplios de la economía, una saturación mediática cada vez más generalizada, cohabitación multiétnica y multicultural, y, no menos importante, el quiebre catastrófico de la representación política, seguramente se cuentan entre las más destacadas.

4 Filmado “en vivo” por las mismas víctimas justo antes de que sucediera, y ampliamente diseminado por los medios de comunicación global, el asesinato reciente del ex policía rebelde Oscar Pérez y de sus acompañantes por fuerzas armadas y grupos paramilitares chavistas es, llevada a sus extremos, la expresión más clara de la lógica de exterminio que preside sobre las relaciones entre el gobierno venezolano y sus oponentes.

5 Me apresuro a señalar que al hablar de “post-verdad” no me estoy refiriendo, como algunos lo hacen, a una supuesta condición anterior donde los hechos verdaderamente contaban y las ficciones podían ser fácilmente develadas. A lo que aludo al usar esta expresión es a algo bien diferente, es decir, al hecho de que en nuestros tiempos post-hegemónicos las condiciones ya no están dadas para imponer una versión de la realidad como la verdad mientras todas las versiones alternativas son temporalmente suprimidas hasta nuevo aviso.

Por razones que se aclararán más adelante, propongo que el mencionado quiebre de la representación política entendido como condición de ninguna manera pasajera sino endémica y no ningún supuesto control ‘democrático’ de las mayorías es el elemento clave que debe ser tenido en cuenta a la hora de aprehender la significación, lógica inherente y dinamismo propios de los movimientos, organizaciones y gobiernos populistas que, últimamente, han accedido al primer plano a nivel mundial. Esto es así incluso durante aquellos períodos más o menos largos en que estos movimientos, organizaciones y gobiernos logran siempre precariamente y de manera contingente hacerse con ese control.

Es verdad, sin embargo, que el hecho de controlar o no controlar democráticamente a la mayoría de la población sobre la base de elecciones supuestamente libres es uno de los principales criterios del que muchos analistas se valen a la hora de caracterizar regímenes como el chavista, diferenciándolos así de otros regímenes más decididamente totalitarios. Ese, por ejemplo, sería el caso de Fareed Zakaria (2003). Si traigo aquí a colación a esta renombrada figura mediática no es tanto porque sus ideas me parezcan especialmente convincentes, no me lo parecen, sino porque en este autor el mencionado criterio acerca de la democracia, que en otros autores permanece más o menos implícito, aparece formulado de manera explícita.⁶ Considerando el elevado prestigio del que gozan las ideas de Zakaria en círculos liberales en todo el mundo, es plausible suponer que el mencionado criterio cuenta con una amplia aprobación.

Acuñando la expresión ‘democracia iliberal’ para referirse a populismos autoritarios similares al chavismo, Zakaria (2003) ha definido este tipo de regímenes como democracias a las que se les ha quitado el liberalismo constitucional. Según Zakaria (2003), sin control ni equilibrio

⁶ Es posible, por ejemplo, argumentar que incluso en alguien tan alejado en el espectro ideológico de Zakaria como Ernesto Laclau, el mencionado criterio numérico está implícitamente en juego a la hora de analizar la lógica inherente al populismo, ya sea éste de izquierda o de derecha, en tanto fenómeno intrínsecamente democrático.

de poderes la democracia se prestaría para las formas de hacer pueblo que son intrínsecas a los populismos autoritarios o ‘democracias iliberales’ que en todas partes proliferan. En coircunstancias en que los constreñimientos de tipo ‘liberal’ están ausentes, la tentación por parte de políticos inescrupulosos de apelar ‘democráticamente’ con fines electorales a mayorías de tipo étnico, racial, religioso o de clase tornándolas como un solo ‘pueblo’ contra sus enemigos ‘naturales’ resultaría poco menos que irresistible. Caracterizado por la norma plebiscitaria y la expansión del ejecutivo, que hace de todos los poderes del Estado meros apéndices del gobernante, el régimen chavista de Venezuela parece amoldarse bien al argumento de la democracia iliberal. Quisiera, sin embargo, preguntar lo siguiente: ¿hay algo novedoso en el chavismo no previsto por formulaciones como las de Zakaria? Y de haberlo, ¿dónde reside esa novedad y cómo dar cuenta de la misma?

Siguiendo el argumento de la ‘democracia iliberal’, la respuesta sería negativa: el chavismo sencillamente ofrecería otra fábula con moraleja sobre la democracia sin liberalismo. Los acontecimientos en Venezuela a raíz de la ‘elección’ fraudulenta en el 2017 de una Asamblea Constituyente obediente a los designios del Estado chavista y el desconocimiento por parte de éste de la Asamblea Nacional en la cual dominaba la oposición en una mayoría obtenida en las elecciones parlamentarias del 2015 abren, sin embargo, la posibilidad de que ese argumento no sea aplicable al chavismo. En efecto, si bien es cierto que el hecho de controlar o no controlar democráticamente a las mayorías no deja de tener importancia para el régimen, los mencionados acontecimientos sugieren que la significación y la dinámica íntima del chavismo en última instancia no se basan en ese control. Así, a pesar de haber perdido su ventaja electoral, el chavismo se ha vuelto últimamente aún más autoritario y represivo, *sin* recurrir, a no ser que sea de modo fraudulento, a una mayoría con la que ya no cuenta. A

continuación, algunas sugerencias para aprehender la dinámica *sui generis* del chavismo.

La fragmentación de cuerpo político

Para empezar, el colapso de la democracia representativa y de las instituciones representativas de la nación, propiciado en los años ochenta por un programa de ajustes estructurales de corte neoliberal, ofrece una pista más clara para el entendimiento del chavismo venezolano que ninguna consideración acerca de la democracia. Incluso si bien es cierto que inicialmente llegó al poder en 1999 en la cresta de una poderosa ola democratizadora, mucho de lo que ha ocurrido con el chavismo desde entonces resulta incomprensible si, de conformidad con lo planteado por Zakaría y otros, uno insiste en aprehender este fenómeno político como una forma exclusionaria de gobierno democrático predicada en el apoyo masivo de las mayorías nacionales. A fin de avanzar en la comprensión del fenómeno chavista es imprescindible suspender un enfoque semejante, y, por el contrario, referir su dinamismo y significación al quiebre de la representación política entendida ésta no como algo pasajero sino como una condición endémica, y aun postliberal, que en la actualidad aflige no sólo a Venezuela, sino al mundo.

Sobre la base de trabajo de campo antropológico llevado a cabo en sectores populares en varios lugares de Venezuela, me ha sido posible identificar dos efectos cruciales de este quiebre de la representación. El primero tiene que ver con el develamiento de una socialidad de masas que anteriormente había estado contenida en el seno de instituciones sociales y políticas que la dotaban de un mínimo de estructuración sin, por ello, alcanzar a domesticarla del todo. Esta socialidad emergente está

caracterizada por el encuentro entre individuos de procedencias diversas reunidos en estrecha proximidad los unos con los otros en espacios públicos relativamente ajenos al control estatal o institucional. En toda su abigarrada multiplicidad, la misma es el terreno de emergencia de un sujeto popular para el cual su propia corporalidad y afectividad corporal es el crisol donde se juega de manera espectacular las apuestas sociales y políticas más trascendentales, desde la lucha por la vivienda hasta la articulación de las más variadas formas de resistencia al poder estatal.

Visto retrospectivamente, el hecho de que, en toda su riqueza sensorial, disposición pasional, expuesta vulnerabilidad, y prodigiosa plasticidad la corporalidad física de los individuos haya pasado a un primer plano como la matriz mediadora de los procesos sociales y políticos más significativos no sorprende demasiado. Ese protagonismo es lo que en fin de cuentas cabe esperar de la pérdida por parte de las instituciones representativas del Estado de su capacidad de mediar los intereses y las identidades de los individuos. En circunstancias en que esa poderosa maquinaria de sublimación que es la representación política no ejerce a cabalidad sus funciones mediadoras, la corporalidad de los sujetos pasa a primer plano como el medio sensible y maleable a través del cual los procesos sociales son a la vez mediados, intensamente padecidos, experimentados, dotados de significación y activamente intervenidos. Esto, al menos, es lo que ha pasado en Venezuela. Los espacios públicos que fueron dejados vacantes por el Estado en su incapacidad de re-presentar a la sociedad, se han venido llenando de masas de individuos que, en toda su corporalidad sensual y sensible, se ven expuestos los unos a los otros a través del espacio horizontal.⁷

⁷ Para un tratamiento más sistemático de la representación política en su relación con el aparato sensorial de los individuos ver Sánchez, *Dancing Jacobins. A Venezuelan Genealogy of Latin American Populism*. New York: Fordham U. Press, 2016 esp. pp. 148-166.

Por razones que tienen que ver con la manera como las imágenes, deseos, aspiraciones, o formas de identidad se difunden contagiosamente entre las personas en semejantes condiciones de exposición radical, estas situaciones de masas son también las escenas de emergencia de un sujeto popular poseído de tendencias contradictoriamente ‘tribalizantes’ y ‘diseminadoras’. Si bien tendré más que decir sobre las primeras, lo que deseo enfatizar aquí es lo mucho que, bajo el influjo de fuerzas diseminadoras, este sujeto de masas es a menudo capaz de eludir las formas de clasificación y las interpelaciones con las que el Estado intenta aprehenderlo. Incesantemente cambiando de lugar mientras va adoptando miméticamente una variedad siempre proliferante de deseos, aspiraciones, roles e identidades, a este sujeto es verdaderamente difícil seguirle el paso. Tal como lo muestra mi etnografía, bien distante del quietismo y la pasividad con la que a algunos les gusta imaginárselo, poseído de una intensa movilidad y asediado por deseos de consumo múltiples este sujeto es similar al actor del que habla Diderot en su ‘Paradoja del Actor’, es decir, alguien cuya misma pobreza es ella misma la clave de una riqueza inagotable.⁸ Semejante al actor de Diderot, incitado por imágenes y deseos de consumo inagotables el sujeto popular venezolano es capaz de adoptar, en su propia pobreza, una superabundancia de identidades y roles, cada uno más o menos ajustado a las solicitudes de los contextos siempre disimiles que él o ella encuentra a medida que se desplaza horizontalmente a lo largo y ancho del territorio nacional en busca de posibilidades siempre precarias de trabajo, afiliación e identificación.

Estrechamente relacionado con el anterior, un segundo efecto del quiebre de la representación política es la creciente incapacidad de los sujetos confrontados con una inestabilidad semejante para, tomando la

8 Sigo aquí el brillante análisis que Lacoue-Labarthe hiciera sobre la “paradoja del actor” de Diderot. Philippe Lacoue-Labarthe, ‘Diderot: Paradox and Mimesis’. En: Philippe Lacoue-Labarthe, *Typography. Mimesis, Philosophy, Politics*. Stanford: Stanford U. Press 1989, pp. 248-266.

distancia necesaria, ocupar el lugar de lo universal y, desde allí, representar a la socialidad como una totalidad articulada, i.e., como una ‘sociedad’, ante el Estado. En efecto cuando, debido a posibilidades en gran media generadas por los medios masivos, los sujetos se ven continuamente arrastrados fuera de sí mismos por un torrente aparentemente incontenible de imágenes e interpelaciones seductoras, no es la separación sino el contagio mimético los que dan la hora. En circunstancias en que la posibilidad de adoptar y desembarazarse en rápida sucesión de una galería aparentemente interminable de personajes, juntamente con sus deseos, idiosincrasias, conductas, apetitos, hábitos de consumo y hasta estilos de vida extravagantes se ofrece tentadoramente a los sujetos, sacándolos todo el tiempo fuera de sí mismos, la noción misma de un ‘sujeto’ pretendidamente autónomo capaz, desde su relativo aislamiento, de representarse un mundo de ‘objetos’ igualmente discretos resulta cuando menos anacrónica. Inmerso como esta en un mare magnum impreciso donde ‘sujetos’ y ‘objetos’ incesantemente intercambian lugares, este sujeto, jaloneado en todas direcciones por un mimetismo irrefrenable que la institucionalidad en ruinas apenas logra contener, continuamente está tornándose otro. Todo sucede *como si* en la socialidad de masas a la que en medio de la hecatombe institucional de estos últimos años el sujeto popular venezolano cada vez más se ha visto librado todo, literalmente, fuera posible. Todo, en otras palabras, sucede *como si* insistentemente desestabilizado por la promesa de llegar a ser y a poseer cualquier cosa, para este sujeto la posibilidad de instantáneamente gratificar desde las pulsiones más íntimas hasta los deseos más glamorosos estuviera, por así decirlo, justo al alcance de la mano.

Poco importa que esa sensación de disponibilidad instantánea sea mayormente una ilusión. Lo que cuenta es lo mucho que, inducido por los medios y la dramática rearticulación de los sentidos que estos propician, este como si pareciera eliminar el hiato que separa ‘presencia’ y ‘representación’, el ‘aquí’ del más ‘allá’ sin el cual, en toda su teatralidad

intrínseca, la representación política no puede tener lugar. Ya la distinción canónica entre ciudadanos ‘activos’ y ‘pasivos’, según la cual los primeros tienen a su cargo re-presentar sobre el estadio de la política los intereses y las identidades de los segundos, debidamente inmovilizados y reducidos a la condición de espectadores pasivos de sus representantes, sugiere lo mucho que la representación política moderna tiene de teatralidad burguesa. Ahora bien, cuando este tinglado teatral se viene abajo y la socialidad de masas a la que me he venido refiriendo se asoma cada vez con más fuerza entre sus resquicios, nadie, por más que se lo proponga, logra trascender lo suficientemente la inestabilidad reinante como para, desde alguna improbable altura, poder plausiblemente re-presentar ‘algo’ ante ‘alguien’, mucho menos una ‘sociedad’ supuestamente finita ante el estado. Una vez más, bajo estas condiciones, con todo lo que ello supone de un mundo hecho de ‘sujetos’ y de ‘objetos’ discretos, no es la representatividad la que priva. Involucrando algo así como el retorno de una relacionalidad constitutiva que las instituciones dominantes apenas había logrado contener sin nunca suprimirla del todo, ahora los que dan la hora son el contagio afectivo, el préstamo mimético y la emulación afectiva entre sujetos que, en toda su corporalidad, se hallan irremediabilmente en relación los unos con los otros en un espacio horizontal en continua expansión y liberado de esas ‘señas de mando’ de las que tan sugerentemente habló Canetti.

Por primera vez cobré consciencia de la existencia de este sujeto popular intensamente móvil y prodigiosamente mimético durante un trabajo de campo antropológico sobre el culto de posesión de María Lionza que llevara a cabo hace ya algunos años. Centrado alrededor de la Reina Espiritual María Lionza, cuyos orígenes legendarios según tanto cultistas como expertos presuntamente se hundirían en tiempos pre-coloniales, el culto de María Lionza es un culto de posesión que cuenta con multitud de adherentes en toda Venezuela, pero especialmente en los barrios más populares de las grandes ciudades. Organizado alrededor de altares

domésticos ubicados en viviendas privadas diseminadas por toda Venezuela, este culto gravita en torno a los principales centros de peregrinación de Sorte, Quiballo y Aguas Blancas, localizados en montañas adyacentes en el estado venezolano de Yaracuy, en el oeste de Venezuela.

En lo que viene a ser un gigantesco teatro de posesión espiritual al aire libre, es en estas montañas sagradas donde tuve oportunidad de presenciar algunas de las escenas de masas a las que acabo de hacer referencia, con una multitud de cultistas seguidores de María Lionza acampados en estrecha proximidad los unos a los otros a todo lo largo y ancho de las faldas ascendientes de la montaña. Es allí, en esos parajes fabulosos bajo las copas frondosas de árboles altísimos, que en presencia de sus seguidores o clientes los médiums del culto se ven poseídos en sucesión serial por miríadas de espíritus, tanto ‘vernáculos’ como ‘globalizados’, desde los Padres fundadores de la nación venezolana, especialmente Simón Bolívar, hasta ‘Indios Salvajes’, ‘Barbaros’, ‘Vikings’ ‘Faraones Egipcios’ o estrellas de la edad de oro del cine mexicano, por mencionar solo algunas de las posibilidades.⁹

Confrontado con este espectáculo de posesión donde lo ‘local’ y lo ‘global’, los espíritus de los héroes de las guerras de independencia contra España y espíritus que como los de ‘faraones’ o ‘vikings’ llegan de muy lejos,¹⁰ experimenté algo así como una revelación. Fue entonces que me percaté de que, frente a mis propios ojos, esos devotos marialionceros incursionaban en un espacio globalizado en continua expansión más allá del alcance del Estado nacional. Animados por un mimetismo aparentemente irrefrenable, donde la misma proximidad en la que se encuentran propicia

9 En estas escenas de posesión los médiums canalizan a través de sus cuerpos los poderes de una multitud de espíritus tanto ‘locales’ como ‘globales’—por motivos que sería demasiado largo elaborar aquí la distinción es hasta cierto punto espuria—por los que son poseídos. Todo ello, con la finalidad de utilizar estos poderes para curar las aflicciones de sus clientes, desde la pérdida de trabajo o un amante hasta las enfermedades, a veces incluso mortales, que aquejan a los mismos.

10 Seguramente a través de los canales de televisión que conectan a los televidentes venezolanos con un mundo globalizado impregnado por una infinidad de imágenes y deseos de consumo. Ver al respecto Rafael Sánchez, “Channel Surfing: Media, Mediumship and State Authority in the Maria Lionza Possession Cult (Venezuela)”. En Hent de Vries y Samuel Weber eds., *Religion and Media*. Stanford: Stanford U. Press, 2001, pp. 388–434.

la adopción por contagio los unos de los otros de una plétora interminable de figuras, roles, deseos e identidades, muchas tomadas prestadas de los medios y, por así decirlo, arrastrados más allá de las fronteras de lo nacional por la alteridad multitudinaria que los poseía, los cultistas se adentraban en mi presencia en un territorio o espacio virtual verdaderamente sin fronteras. Atravesado de una infinidad de imágenes globalizadas, dentro de éste la distinción entre lo ‘local’ y lo ‘global’ es cuando menos problemática. En su desmesura misma, no sólo es este espacio altamente resistente a las ambiciones asimiladoras del imaginario de la nación, sino que, más aún, permanentemente lo deconstruye.

En un trabajo de campo posterior entre grupos de invasores pentecostales que ocupaban ilegalmente edificios abandonados en la ciudad de Caracas, se confirmó mi impresión inicial de un sujeto popular venezolano para quien el contacto afectivo mimético, la mutabilidad permanente y la incesante deterritorialización conforman una verdadera condición existencial. Existen diferencias significativas entre los cultistas marialionceros y los invasores pentecostales. Por un lado, la pasión por la diseminación inducida por los medios propia de los cultistas de María Lionza, según la cual los médiums del culto se ven serialmente poseídos por una galería interminable de personajes acompañados de sus roles respectivos; por el otro, la insistencia con la que los invasores pentecostales descifran la voluntad del Espíritu Santo inscrita en sus anatomías emocionalmente trastornadas. Sin embargo, tanto cultistas como invasores tienen algo en común: la manera casi rutinaria en que los miembros de ambas colectividades hacen amplio uso de sus cuerpos afectivos y afectados, vale decir, sollozantes, gestualmente excesivos, emotivamente alterados, como el medio maleable donde las huellas del otro son inscritas, modificadas y transmitidas en un proceso de reinención continua y sin sosiego donde lo que está en juego es el logro de fines tanto materiales como espirituales.

Algo similar puede decirse acerca de las huelgas de hambre y las formas de auto crucifixión pública que tanto se han generalizado estos últimos años en Venezuela. Hoy por hoy, a través de expresiones como estas, los sujetos se valen de esta misma corporalidad en toda su ductilidad afectiva como el instrumento de resistencia por excelencia a las formas más variadas del poder estatal. En otras palabras, las evidencias empíricas más disímiles llevan a la conclusión de que esta corporalidad excesiva es, en toda su afectividad y maleabilidad metamórfica, la encrucijada en la cual la subjetividad popular venezolana actualmente se juega sus apuestas más cruciales.

Entre estas apuestas, la lucha por la vivienda en condiciones en las que la mayor parte de la población no logra acceder a la misma (el caso de los pentecostales invasores de edificios) o la manera en que los devotos de María Lionza exponen sus cuerpos a lo numinoso para enlistarlo en sus esfuerzos por acceder al trabajo, el amor o la salud como sucede con los seguidores de María Lionza. O, para terminar, esas apuestas donde lo que está en juego es la resistencia, a través de la corporalidad, a las pretensiones del Estado de bloquearle a los sujetos el acceso a los medios para reproducir la vida como en el caso del agricultor Franklin Brito analizado por Paula Vásquez. Sostengo que todo esto equivale a una preeminencia de lo horizontal sobre lo vertical como eje a lo largo del cual se forman, deforman y transforman los modos de la experiencia personal y social y las relaciones mismas. Horizontalmente expuestas las una a las otras, tanto en el espacio real como en el virtual, y en buena medida más allá de cualquier control institucional, en este baño de multitudes la gente es libre de dar rienda suelta a sus impulsos miméticos adoptando las identidades, los deseos, las apariencias, las emociones, las formas de cortesía o los comportamientos corporales de los demás en un juego de máscaras verdaderamente interminable.

Para entender el tipo de populismo radical, en verdad revolucionario que es propio al chavismo es, ante todo, necesario, tomar en cuenta el hecho de que éste surgió como respuesta a una situación tan volátil como la arriba descrita donde a la quiebra de la representación política correspondió la emergencia de un sujeto prodigiosamente móvil y mimético fuertemente resistente a las pretensiones ordenadoras y totalizadoras del Estado. Es en ese terreno resbaladizo y fracturado, como tal, en toda su complejidad y heterogeneidad, resistente a la apropiación populista, donde, desde un principio, el chavismo debió operar. En otras palabras, si lo que está en juego es aprehender la naturaleza, inclinaciones y *modus operandi* del chavismo el miedo a la democracia, que tanto inquieta a analistas como Zakaria, es, al menos en Venezuela, el sentimiento equivocado. En tanto fenómeno político emergente en tiempos de alta globalización, el chavismo tiene poco o nada que ver con la democracia, ya sea esta ‘iliberal’ o de cualquier otra naturaleza. Más que cualquier consideración sobre la democracia estrechamente entendida como gobierno de las mayorías, para comprender el significado del chavismo es necesario, pienso yo, partir analíticamente de la yuxtaposición entre, por un lado, las ambiciones totalizadoras propias de este movimiento revolucionario, y, por el otro, el terreno fragmentado y altamente heterogéneo altamente resistente a tales ambiciones con el cual, desde un principio, el chavismo no tuvo más remedio que vérselas. Este mismo punto de partida analítico es válido no solo ahora cuando, más allá de las declaraciones oficiales y las elecciones amañadas, el chavismo se encuentra claramente en minoría; el mismo también lo fue anteriormente, cuando, si bien es cierto que durante la mayor parte del tiempo el chavismo contó con el apoyo de las mayorías nacionales, no es menos cierto que este apoyo era en general altamente volátil e inestable.¹¹

11 Incluso si, por las razones ya adelantadas, las tendencias en esa dirección estaban allí desde un principio, el momento decisivo en el que el chavismo pasa decisivamente de ser un movimiento democrático de masas no bien definido al tipo de formación política analizado en este ensayo para la cual la democracia es, en el mejor de los casos, una ficción legitimadora fue, pienso yo, el intento de golpe de estado de abril del 2002. En los meses que precedieron a este evento los niveles de popularidad del régimen chavista habían estado consistentemente cayendo bajo la presión de las circunstancias económicas

Constantemente cambiando de registros, quizás en ninguna otra parte sean más visibles los trazos de esta inestabilidad de la multitud que en la retórica política, el estilo de gobierno y la actitud corporal del mismo Chávez quien en sus alocuciones públicas solía desplazarse virtualmente sin transiciones desde la oratoria sublime a las alusiones más banales y mundanas. 'Aló Presidente', el programa de radio y TV que el mandatario conducía en vivo todos los domingos frente a audiencias conformadas por gente común, visitantes del extranjero, periodistas nacionales e internacionales y personeros del gobierno, es un buen ejemplo del cambio casi vertiginoso de registros que caracterizaba el estilo político del mandatario. En esas ocasiones Chávez pasaba casi sin preámbulos de dar arengas en el más puro estilo heroico, hilvanado de frases sublimes para el bronce, a ofrecer recetas para el catarro común, dar recomendaciones acerca del uso adecuado del agua o la electricidad, o cantar corridos mexicanos o joropos llaneros venezolanos llegando incluso, en una oportunidad, a ofrecer una narración detallada de sus desventuras con su aparato digestivo. Tanta mutabilidad y cambio nervioso de registros desde lo más sublime a lo más banal en el estilo público de Chávez pienso yo no pueden entenderse sin tomar en cuenta el carácter inherentemente distraído, intensamente móvil, mutable, miméticamente inestable de las masas a las que éste se dirigía. Una mutabilidad, en suma, era el registro fidedigno de la otra. Lo cual viene a querer decir que el estilo del mandatario era una suerte de palimpsesto donde es posible discernir las trazas de la multitud que conformaba el destinatario natural de su discurso.

Todo esto es para sugerir que en lugar de reunir a las masas alrededor de sí mismo, de verse asediado por las masas como su objeto único de

entonces prevalecientes. Cuando Chávez fue retornado al poder a raíz del fallido golpe de estado por segmentos dentro del ejército y, en menor medida, por masas de seguidores en Caracas y otras ciudades tanto Chávez como otros miembros de su gobierno deben haberse percatado de lo verdaderamente voluble e inestable que era el apoyo de las masas venezolanas. Es desde ese momento que uno puede trazar la construcción, con apoyo cubano, del tipo de máquina de guerra que me ocupa en este ensayo, capaz de efectivamente operar en ausencia de cualquier apoyo popular verdaderamente mayoritario.

atención, identificación y amor narcisista (por el Uno),¹² es posible afirmar que de alguna manera el gobernante venezolano siempre andaba a la zaga de las masas de la nación intentando apresarlas. Otra manera de decir lo mismo, es que en su movilidad mediática y económicamente inducida las masas venezolanas continuamente posicionaban a Chávez en una relación deseosa con respecto a sí mismas entendidas como un campo de dispersión en continua expansión y diferenciación. Esto quiere decir que las masas de la nación no solamente todo el tiempo se mantenían a la delantera de Chávez; más aún, estas masas siempre más o menos imperceptiblemente se distanciaban del gobernante en una infinidad de direcciones posibles. Incluso, quiero añadir, durante esos mítines monstruosos cuando estas masas se congregaban aplaudiendo alrededor de Chávez como sus audiencias aparentemente homogéneas y delirantemente devotas pero que, sin embargo, todo el tiempo estaban atravesadas por las imágenes (junto a sus anhelos y aspiraciones) que, desde Barbaros y Vikingos a seductores bienes de consumo, continuamente le llegan a la población venezolana a través de los medios de comunicación global.¹³ La inestabilidad y volatilidad que eran intrínsecas a la relación entre el líder venezolano y las masas de la nación que eran el destinatario natural de sus discurso¹⁴ implica que, mayormente debido a las circunstancias culturales, sociales, económicas, incluso semióticas actualmente prevalecientes en la nación, el gobernante

12 Es posible argumentar que ese era el caso de los líderes populistas de una era previa a los como, por ejemplo, el argentino Perón y el indonesio Sukarno, cuando el estado nacional todavía proporcionaba el marco relativamente comprensivo que orquestaba la socialidad.¹³ Esta posibilidad ya se asomaba en las memorias del novelista inglés Thomas Hardy quien, comentando acerca de las masas reunidas en una iglesia para escuchar el sermón de un pastor escribió lo siguiente:

Rezan en la letanía como bajo un encantamiento. Su vida real gira sin cesar bajo ésta de calma aparente, como los trenes subterráneos del Ferrocarril distrital de las cercanías – pulsando, apresurándose, acalorada, preocupada con la próxima semana, con la semana pasada. Si fuera posible junto a sus personajes traer al interior de la iglesia estas escenas en las que la vida de la congregación habitualmente transcurre, tendríamos una iglesia llena de entre chocantes fantasmagorías amasadas como un montón de pompas de jabón, infinitamente entrecruzándose, pero cada una yendo únicamente a lo suyo. Ese hombre calvo está rodeado por la bolsa de valores; esa señorita por la joyería donde ayer estuvo de compras. A través de este extraño mundo de pensamiento circula el recitativo del pastor – una nota delgada y solitaria sin cadencia o cambio de intensidad – perdiéndose como una abeja en el claristorio (citado en James Wood, “Cramming for Success.” *London Review of Books*, Vol. 39, Number 12, 15 de junio 2017 – my translation.

14 Y que hoy por hoy son intrínsecas a las relaciones entre el presidente venezolano Nicolás Maduro y la población venezolana.

venezolano se hallaba constantemente posicionado en una relación deseosa con respecto a éstas. Confrontado con estas masas, meramente para no perderlas de vista a Chávez no le quedaba otra sino exhibir actitudes y predisposiciones conductuales que fueran al menos conmensurables con la alta volatilidad e impredecibilidad, incesante mutabilidad, vertiginosa movilidad y deslocalización que las caracteriza. El propósito último de este ansioso asedio no era otro que el de provisional (y precariamente) constituir, o, mejor aún, moldear un pueblo medianamente gobernable a partir de un campo de dispersión inerradicable que, en última instancia, eludía al gobernante. Los líderes populistas, en otras palabras, ya no son lo que eran.

Algo parecido puede decirse sobre el tuiteo compulsivo de Donald Trump y su insistencia en montar espectáculos de masas simplemente a fin de satisfacer a sus seguidores, muchas veces, o al menos eso parecería, al costo de cualquier intento plausible de construir consenso hegemónico alrededor de su persona o de su propio gobierno. Escribiendo acerca de la manera en que no hace mucho Trump criticara la negativa de los jugadores afro-americanos de la NFL a mantenerse de pie mientras se escuchan las notas del himno nacional, en lugar de ello permaneciendo todo el tiempo arrodillados a manera de protesta contra el racismo en los Estados Unidos, un comentarista finalizó un largo artículo periodístico diciendo lo siguiente: ‘se ganó a su masa de seguidores, perdió a la nación’. Es posible que a este comentarista haya perdido de vista lo esencial. Igual que en el caso de Chávez o de su sucesor Maduro, lo fundamental para esta nueva camada de líderes populistas puede ser, precisamente, mantenerse a tono con sus seguidores y no, de ninguna manera, como era más el caso con el populismo de otras épocas, construir hegemonía a nivel de la nación. Es decir, al igual que con Chávez o Maduro, lo que está en juego en toda la práctica de gobierno de Trump puede precisamente ser gobernar a favor y en el nombre de un electorado que es (casi) descaradamente una parcialidad.

Y no importa si una tal parcialidad sea designada desde arriba como *el* verdadero pueblo norteamericano: todos, incluso los así designados, están al tanto de que la de ‘verdadero pueblo’ no es sino la etiqueta inadecuada con lo que se designa lo que en realidad no es sino un segmento fatalmente decreciente de la población norteamericana. Es decir, los ‘supremacistas blancos’ que, como se ha dicho convincentemente, constituyen el verdadero núcleo electoral de Donald Trump, aquellos para los cuales y en nombre de los cuales éste gobierna.

No solamente eso. Ni siquiera ese electorado de base está atado de una vez por todas al presidente. Ya no contenido en el seno de un marco propiamente ‘político’ que, o bien se ha venido abajo o, sino, se encuentra severamente debilitado, y formado como masas virtuales por los medios de comunicación social a través de los cuales sus miembros se relacionan entre sí, en su condición masiva este electorado tiene una dinámica que le es en gran medida propia. Expuesto a una circulación aparentemente ilimitada de memes, virales, tuits, comunicaciones de Facebook y así sucesivamente que lo someten a toda suerte de incitaciones, al igual que cualquier otro, el electorado potencial de Trump se ve constantemente arrastrado en una infinidad de direcciones distintas. Transmitidas a través de las redes a través de una remediación incesante, a menudo muchas de estas comunicaciones parecerían reforzar las creencias y predisposiciones emocionales aparentemente inamovibles—la misoginia, los sentimientos supremacistas blancos, y así sucesivamente—que cementan a este electorado confiriéndole identidad y fronteras definidas. Muchos otros, sin embargo, no hacen eso, inconsistentes como lo son con estas creencias y emociones tribalizadas. Provocados por eventos a menudo inéditos que se desarrollan en contextos sociales en gran medida imprevisibles, y afectando de diversas maneras las vidas de muchos de los seguidores de Trump, estas comunicaciones imprevistas exponen a la identidad tribalizada de este electorado a un afuera que, en última instancia, no puede ser controlado. A

medida que se diseminan inconteniblemente a través de la red, a menudo seguramente circuladas por los mismos individuos que en otros contextos virtuales no tienen reparos en darle rienda suelta a su racismo o misoginia, estas comunicaciones—una vez más, memes, virales, tuits, comunicaciones de Facebook y así sucesivamente—entran en combinaciones novedosas con el conjunto de elementos que sostienen el sentido de pertenencia tribal de estos individuos. Según esto sucede, la sintaxis global de la red que los une resulta en mayor o menor medida alterada, situación ésta que, al cabo del tiempo, puede resultar en la transformación más o menos radical, o, incluso, en la deconstrucción de esas mismas identidades, que, por otra parte, parecerían ser impermeables.

Siguiendo a Yasha Mounk, bien podría uno decir que las tendencias tribalizantes de estas masas virtuales son un caso del ‘pueblo contra la democracia’. Lo mismo, sin embargo, no podrá afirmarse de las tendencias diseminadoras de esta misma masa. Incluso si seguramente no estaríamos hablando del tipo de democracia representativa que para Mounk es la única posible, por razones que no desarrollo en este ensayo, lejos de ser necesariamente antidemocráticas estas tendencias más bien expresan potencialidades democráticas que plantean la necesidad de reformular la democracia en direcciones cada vez más horizontalmente participativas. En cuanto a las tendencias tribalizantes, a primera vista parecerían no tener nada en común con las tendencias diseminadoras que, hoy por hoy, tanto como las anteriores no solo en Venezuela sino en todos los lados son intrínsecas al comportamiento de las masas, ya sean éstas virtuales o de cualquier otra naturaleza. Examinando más de cerca las cosas esta conclusión resulta apresurada. Incluso si las dos parecerían a contrapelo la una de la otra, tanto las tendencias ‘tribalizantes’ como las ‘diseminadoras’ comparten un mismo origen. Tal como sugerí antes en relación a Venezuela, tanto la tendencia de las masas contemporáneas hacia la diseminación como la tendencia opuesta a cristalizar en formaciones tribales auto contenidas se

originan en la centralidad que el cuerpo ha venido asumiendo en décadas recientes como principal crisol de la socialidad. Así, si en las postrimerías de la actual crisis global de representación política el cuerpo se ha venido convirtiendo en el medio infinitamente maleable de una mimesis proliferante, este mismo cuerpo es también la reserva emocional a la que los sujetos echan constantemente mano a fin de cristalizar defensivamente en tribus trabadas en conflicto con otras tribus similares.

Para entender como esto puede ser así basta pensar en lo que les sucede a los sujetos cuando, por una u otra razón, se han visto privados de las instancias representativas capaz de mediar entre los conflictos que inevitablemente inciden en cualquier situación social imaginable. Resulta claro que, desasistidos como efectivamente están de cualquier instancia de intermediación capaz de mitigarlo, bajo estas circunstancias des-institucionalizadas a los sujetos no les queda otra sino registrar todo el impacto de los conflictos existentes directamente en sus propios cuerpos. Pero ésta es sólo parte de la historia. Estos sujetos no son solamente el blanco de fuerzas que les son externas y frente a las cuales deben necesariamente reaccionar. No meramente receptores pasivos, debido a su exposición y vulnerabilidad corporal estos sujetos también activamente buscan el conflicto como su condición habitual de existencia. El sentido de amenaza omnipresente que acompaña a una situación de exposición semejante ayuda a entender las razones por las cuales, sumergidos en ese predicamento, los sujetos tienden a reducir la incertidumbre desarrollando una predisposición hostil contra otros sujetos identificados como enemigos debido a uno u otro trazo, cualidad o conducta corporal abyecta. Cuando la sensación visceral de estar constantemente bajo ataque por fuerzas en gran medida insondables, pero no por ello menos reales, es casi inescapable, mejor adelantarse y, en lo que equivale a una aguda somatización de la socialidad, golpear primero en lugar de esperar a ser golpeado. Lo que todo esto quiere

decir es que arrojados en el mundo sin el escudo protector que, para bien y para mal, proporcionan las instituciones durante los así llamados tiempos normales, los sujetos, en toda su exposición y vulnerabilidad, experimentan la propia corporalidad como un catalizador terriblemente efectivo que a la vez que registra casi sin mediaciones los conflictos también continuamente los precipita.

En tales situaciones de exposición radical, la tendencia de los sujetos a formar grupos cerrados en base a una serie de emociones, disposiciones y cualidades corporales compartidas que los diferencian de otros grupos similarmente constituidos resulta poco menos que irresistible. Casi no hace falta decir, primero, que grupos tan sentimentalmente conformados con la semejanza como valor supremo a nada se asemejan más que a tribus; segundo, que formadas con fines tanto defensivos como ofensivos, tales tribus se hallaran inevitablemente trabadas en combate corporal endémico con otras tribus o categorías de sujetos identificados sobre la base de una u otra conducta, trazo, cualidad o apariencia corporal —por ejemplo, la preferencia sexual, el color de la piel o la vestimenta religiosa— como blancos a ser exterminados. Una de las consecuencias más alarmantes de la completa somatización de la vida social que hoy día tiene lugar donde todo, desde el entretejimiento de los lazos sociales hasta la construcción y la deconstrucción de las identidades se encuentra mediado y realizado a nivel del cuerpo, es lo mucho que la socialidad se vuelve una zona de conflicto crónico sin ninguna resolución a la vista. En suma, aunque este no sea el único resultado posible, cuando en toda sus capacidades poderosamente mediadoras y sublimadoras la representación falla, tendencialmente al menos, la experiencia social se mueve en la dirección del combate cuerpo a cuerpo.

Pero, una vez más, esta posibilidad se encuentra siempre en tensión con la tendencia opuesta de las masas hacia la diseminación según la cual la mimetización de las potencialidades, emociones y cualidades de otros

cuerpos sirve no para encerrar a los sujetos en agrupaciones herméticamente selladas sino todo lo contrario. Es decir, para posibilitar el deslizamiento metamórfico de los sujetos desde una identidad a la siguiente según se van desplazando a través del espacio social en búsqueda de vivienda, salud, empleos o simplemente un amante. En lo que se refiere a Venezuela, entré por primera vez en contacto con las tendencias de las masas a la diseminación a través de mi trabajo de campo en el culto de María Lionza. No fue sino después, durante un trabajo de campo posterior entre los invasores pentecostales, que me percaté más cabalmente de las tendencias tribalizadoras de estas masas y su predisposición a valerse del cuerpo como el medio para construir su propia identidad colectiva trabada en enemistad irreconciliable con algún ‘otro’ abyecto, identificado como tal a causa de una u otro rasgo o predisposición corporal despreciada.¹⁵

Pero más allá de las diferencias, tanto las tendencias ‘tribalizantes’ como las ‘diseminadoras’ de las masas venezolanas ya de por sí subrayan algo que en la actual condición globalizada es intrínseco a la conducta de masas en todas partes. Es decir que de manera más intensa de lo que puede haber sido el caso en épocas anteriores, las masas contemporáneas poseen un dinamismo en gran medida propio que es de un alcance, amplitud, poder e intensidad tales que ninguna formulación teórica puede permitirse pasar por alto.¹⁶

15 Ver más detalles en Sánchez (2006). En esta publicación, donde analizo las consecuencias múltiples de la quiebra de la representación política y la completa somatización de la sociedad acarreada por ésta, ya concebí la situación venezolana como anunciadora de desarrollos que perturbadoramente tienen lugar en todo el mundo, explícitamente escogiendo a los estados Unidos para ilustrar el carácter ampliamente extendido de los fenómenos a los cuales aludía. Aun cuando lo que está sucediendo en este país hoy en día es, por consiguiente, en gran medida consistente con el argumento que desarrollé en esa publicación, de ninguna manera estaba preparado para el gigantesco salto hacia adelante que la mencionada somatización ha tomado bajo el asalto al que Trump está sometiendo al liberalismo norteamericano, con el presidente de ese país constantemente haciendo uso de lenguaje y gestos vulgares para acusar a sus oponentes como de una serie de ‘otros’ tullidos, menstruantes o racializados que, como tales, merecen ser aplastados.

16 Esta desestimación de los poderes autónomos de las masas era característica de buena parte de la Psicología de Grupo del siglo diecinueve para la cual, independientemente de si éste era o no el caso, considerada en abstracción del líder a quien estaba teleológicamente vinculada y con quien existía en una relación constitutiva la masa carecía de consistencia ontológica propia. En sus reflexiones sobre la condición de las masas en ciudades modernas como el Londres el París del siglo diecinueve poetas o novelistas como Baudelaire o Thomas Hardy siempre supieron mejor.

Lo que esto, entre otras cosas, quiere decir es que una masa potencial de seguidores semejante solo contingentemente se reconoce en cualquier forma de liderazgo, incluso la de Chávez. Y eso, solamente si el líder populista, Trump, Chávez, o algún otro se las arregla a través de sus pronunciamientos y hazañas mediáticas públicas para repetidamente manufacturar la apariencia de que sus políticas están alineadas con las opiniones, las emociones, las pasiones y los prejuicios de sus seguidores cualquiera que éstos sean. Solamente entonces ese líder triunfará en su empeño de atar esta masa de seguidores potenciales a sí mismo. Sin embargo, esa situación no puede durar. Movida por su propio dinamismo, todo el tiempo esta masa más o menos subrepticamente se adentra en territorio relativamente virgen. Y según esto sucede, también inevitablemente se distancia, no importa cuán imperceptiblemente, de las figuras identitarias en las cuales provisionalmente ha cristalizado, a menudo, debo añadir, a instancias del líder, quien celebra la identidad tribal de sus seguidores para así mejor lograr atar esta tribu a su persona.

Con todo esto sucediendo, y, no importa cuán ligera o dramáticamente, la masa de seguidores potenciales del líder siempre excediendo las marcas de identidad que le han conferido una u otra identidad tribalizada, como tal susceptible de responder a sus interpelaciones, así también el líder populista debe abruptamente cambiar de velocidades simplemente para no perderles el paso. De ahí, por ejemplo, el tuiteo compulsivo de Trump o la andanada de falsedades con las que continuamente regala a su audiencia y que, al menos según la estimación de algunos medios de comunicación masivo, ya alcanzan los centenares. Tal como cabría esperar, todo esto imparte a su discurso un elevado nerviosismo, un carácter altamente incoherente y contradictorio según el cual, ansioso por alcanzar a una masa de seguidores que siempre lo mantiene a la zaga, lo que afirma un día a menudo contradice abiertamente lo que dijo el día anterior.

Un ejemplo es lo sucedido recientemente en una secundaria de La Florida donde muchos estudiantes o bien perdieron la vida o resultaron seriamente lesionados por un atacante solitario. Poco después de este acontecimiento el presidente Trump salió por televisión condenando vociferantemente a la National Rifle Association (NRA), uno de los principales grupos de presión que apoyan a su gobierno. Justo hasta ese momento Trump se había conducido en público como un vocero leal de esta asociación y lo mismo ha hecho después. Por un breve momento, sin embargo, pareció como si el presidente hubiera estado listo para hacer olímpicamente a un lado uno de sus compromisos más tercos adoptando la posición de sus críticos liberales. En la medida en que exhibió de manera flagrante su capacidad para dar un giro dramático, y, no importa cuán brevemente, hacer suyo uno de los principales cargos que críticos liberales a menudo elevan contra la NRF, la actuación mediática de Trump puede ser vista simplemente como una muestra más de la habilidad mediática del presidente. Hay, sin embargo, más en la reacción del presidente al tiroteo en la secundaria de Florida que mera manipulación mediática. Considerando lo mucho que los pronunciamientos públicos del presidente norteamericano están hechos para satisfacer a sus seguidores, a menudo con exclusión de cualquier otro sector, bien podría pensarse que su decisión de pasar repentinamente de condenar a favorecer el control de armas, repudiando así una de los principales preceptos de su mandato, vino en respuesta a alguna alteración inesperada en el estado de ánimo de sus seguidores. En otras palabras, es, pienso yo, solamente si se asume que el tiroteo en la secundaria afectó no solo al público liberal sino también a parte de sus seguidores, esparciendo una serie de temblores a través de las redes que conectan a muchos de ellos, que de alguna puede uno entender la manera abrupta en que momentáneamente Trump cambió de parecer.

Ahora bien, si esto es así, entonces tendría que concluirse que una de las principales creencias que aglutinan a sus seguidores confiriéndoles

un carácter de tribu, i. e., la creencia preñada de emoción en el derecho sagrado de cada norteamericano a portar armas, al menos brevemente se vio desestabilizada por el tiroteo en la secundaria. Por un momento fugaz la posibilidad de introducir controles más estrictos capaces de regular la capacidad del público para adquirir todo tipo de armamentos, que solo un momento antes los seguidores virtuales del presidente consideraban anatema, ingresó en las mentes de muchos de ellos, sembrada allí por las comunicaciones de estudiantes, padres de familia o simpatizantes de las víctimas que se habían visto directa o indirectamente afectados por la violencia. En vista de esto, la disposición de Trump a cuestionar, no importa cuán breve o superficialmente, principios que hasta ese momento había sostenido sin vacilaciones habría sido su intento de última hora de mantenerse al día con su masa de seguidores, previniendo así que se le distanciaran debido a una de esas circunstancias fortuitas a las que esta masa siempre está expuesta. Todo esto, sin por un instante dejar de comunicarles que, sin importar si estaban o no en lo cierto, ni por un instante él, Trump, dejaría de serles inalterablemente fiel en su condición de clase media blanca temerosa de Dios y amante de las armas que, como tal, es el ‘verdadero pueblo norteamericano’. Este parecería ser el caso incluso, cabría añadir, si las armas que a partir de entonces estarían a la disposición de este ‘pueblo’ tal vez serían un poco menos mortíferas.

La aparición televisiva de Trump fue a la vez carta de amor y mandato. Una carta de amor porque a través de esta aparición buscó comunicarles a sus seguidores lo mucho que él, el presidente, era capaz de distinguir lo esencial de lo accesorio discerniendo, más allá de todas y cada una de sus veleidades pasajeras, la verdadera naturaleza de estos seguidores como el núcleo incontaminado de la nación norteamericana. Más allá de las apariencias, el principal mensaje tácito que la aparición televisiva de Trump comunicó a sus seguidores fue, pienso yo, el de su amor, lealtad y devoción incondicionales hacia su verdadero ser. En tanto carta de amor,

su actuación televisiva momentáneamente suspendió uno de los elementos programáticos más importante de su agenda política a fin, como un buen pastor, de acompañar a su rebaño en uno de sus desvíos. Esto, a fin de no perderle el paso todo el tiempo manteniendo el objetivo de, más temprano que tarde, traer a ese rebaño de vuelta al redil una vez que todos los caprichos secundarios hubieran sido seguramente hechos a un lado. Pienso que el mensaje tácito que a través de su actuación Trump le comunicó a sus seguidores fue algo como lo siguiente: ‘incluso si ocasionalmente te sales del buen camino, yo conozco tu verdadera naturaleza mejor que nadie. Tienes derecho a enojarte y afligirte. El grado en que mis lealtades son para contigo y no para con ningún interés especial lo demuestra mi disposición a confrontar públicamente un poderoso grupo de presión que, más aun, resulta ser uno de mis principales patrocinadores’.

Sin embargo, el hecho de enunciar, aunque no sea sino tácitamente, la verdadera identidad de alguien o de algo es simultáneamente ordenarle a ese alguien o a ese algo que se mantenga idéntico a sí mismo. En otras palabras, más allá de cualquier capricho pasajero, el reconocimiento amoroso de Trump de la verdadera naturaleza de sus seguidores también conlleva el mandato a esos seguidores de mantenerse lo más fieles posible a esta naturaleza, no apartándose mucho ni de ella ni de la persona del presidente como su representante más fidedigno. No importa si poco después de sus pronunciamientos televisivos en contra de la NRA Trump, durante un banquete ofrecido en su honor por esta misma organización, se desdijo de lo que había afirmado solamente uno o dos días antes. La ‘verdad’ de la lealtad incondicional de Trump hacia sus seguidores ya estaba ‘afuera’ de manera tan decisiva que ninguna afirmación posterior podía borrarla.¹⁷ En línea con el predicamento ‘post verdad’ en el que actualmente nos encontramos, tales desdecimientos pueden ser fácilmente

17 “La verdad está allá afuera” (“the truth is out there”) es, por supuesto el lema utilizado en la mayor parte de los episodios de la serie televisiva norteamericana “The X Files”, enormemente popular en los años noventa.

descartados como puro cálculo oportunista o mera conveniencia política. Lo que es ‘verdad’ no es lo que se ajusta a una serie de hechos discretos sino aquello que es consistente con el ser y los prejuicios íntimos de cada cual, en este caso la verdad más allá de cualquier hecho posible del lazo íntimo, periódicamente reactualizado que une indisolublemente a Trump con sus seguidores.

En este sentido, la intervención televisada del presidente justo después de la masacre de la secundaria es una de esas reactualizaciones rituales. El resto, lo que en una u otra ocasión Trump puede oportunísticamente decirle a uno u otro sector, puede ser convenientemente hecho a un lado ya sea como pura pretensión o como mero palabrerío inane encubriendo la verdad más profunda de su lealtad inamovible hacia sus seguidores en detrimento de cualquier otro sector de la población. La verdad, en otras palabras, ya está allá afuera si bien solamente un segmento de la población total—la parte que en el discurso de Trump de manera flagrante representa la totalidad—es completamente capaz de acceder, reconocer, y aprovecharse de ella. Mientras que para los populismos de épocas anteriores perder la nación era verdaderamente el más grave de los pecados lo mismo no puede decirse de alguien como Trump, o, si vamos al caso, Chávez y, hoy por hoy, Maduro. Haciendo a un lado las diferencias ideológicas entre ellos, lo que en última instancia se propondrían sus respectivos estilos políticos sería mantener contentos a sus seguidores a la vez desestimando olímpicamente a la nación. Nada que ver, entonces, con la hegemonía. Mantener a esa parcialidad reunida como un ‘pueblo’ gobernable, de esa manera previniendo por el mayor tiempo posible su dispersión como una masa virtual ya es lo suficientemente complicado. Por lo demás, de lo que verdaderamente se trata para el nuevo tipo de líder populista instanciado por Trump, Chávez o Maduro es la de arreglárselas para gobernar exclusivamente a favor y en nombre de una minoría cada vez más reducida arbitrariamente calificada

de ‘pueblo verdadero’ sin por ello dejar de guardar, aunque no sea sino mínimamente, las apariencias democráticas.

El populismo como máquina de guerra

Es tiempo ahora de regresar a la situación venezolana después del rodeo relativamente largo por la Norteamérica de Trump. Parecido a lo que sucede en los Estados Unidos hoy, confrontado con un terreno tan resbaladizo atravesado por miríadas de deseos e imágenes globalizadas, el Estado chavista fue desde un principio incapaz de totalizar de modo duradero la ‘socialidad’, representándosela a sí mismo como una ‘sociedad’, es decir, un todo articulado obediente a sus interpelaciones y dictados. Chávez solía insistir en la necesidad de poner lo político al mando, expresando así sin ambages esas ambiciones totalizadoras.¹⁸ Pero en el momento en que la declaraba, ya esa insistencia era extemporánea: si lo ‘político’ es la capacidad transcendente, político-teológica de totalizar la sociedad, entonces no solamente en Venezuela sino en todas partes lo generalizado hoy en día no es ‘lo político’, sino ‘la retirada de lo [teológico-]político’.

Todo lo anterior es para decir que el populismo ya no es lo que era. Tal como cabría esperar ante una retirada tan indetenible de lo teológico-político el populismo inevitablemente muta transformándose en un fenómeno político de carácter ya no totalizante sino abiertamente tribal. El populismo ha sido definido como la ‘vía regia’ hacia lo político, la manera en la cual a través de invocaciones reiteradas a un ‘pueblo’ homogéneo un orden político desgarrado por antagonismos intratables logra recomponerse

18 En realidad, en esas ocasiones hablaba de “la política” y no de “lo político”. Dadas, sin embargo, la influencia del ideólogo de extrema derecha Norberto Ceresole en el pensamiento de Chávez, y a través de Ceresole, también de Carl Schmitt, resulta plausible afirmar que a lo que en realidad se refería era a lo segundo.

como un todo comprensivo y articulado. Cuando la posibilidad misma de instaurar de manera durable una totalidad semejante está ella misma cuestionada, las interpelaciones populistas adquieren nuevas funciones ideológicas. Si en el populismo clásico apelar al ‘pueblo’ obraba como un modo de restaurar *verticalmente* una fantasmática unidad perdida, dicho fantasma no puede sostenerse ni ideológica ni institucionalmente cuando lo ‘político’ se ve avasallado *horizontalmente* por las fuerzas centrípetas de una socialidad proliferantemente diferenciadora. Bajo estas circunstancias, cualquier reiterada apelación al ‘pueblo soberano’ por parte ya sea del chavismo o de cualquiera de los así llamados movimientos populistas en otras partes del planeta funciona según una lógica ‘tribal’ orientada hacia el levantamiento de una máquina de guerra centrada en el afecto y en el cuerpo. Ideológicamente hablando, dicha máquina opera como el instrumento de un sujeto político altamente tribalizado—en el caso del chavismo, el ‘pueblo’ chavista—y en relación con un terreno social cada vez más fragmentado que la máquina populista no busca totalizar, sino controlar y dominar.

En tanto que condición endémica, atravesada de conflictos y de ingobernabilidad, este terreno fragmentado es lo que mantiene esta máquina en marcha, al costo, sin embargo, de tornar a la socialidad en un ámbito cada vez más impredecible y caótico. Las razones para ello no son difíciles de ver. ¿En efecto, en las actuales condiciones de intensa globalización, que otra cosa sino la más completa entropía podría resultar del proyecto de reducir un terreno tan complejo y en continua diferenciación resistente a toda forma de totalización al lecho de Procusto de un ‘pueblo’ supuestamente homogéneo? No es solamente el caso que bajo tales condiciones un proyecto populista revolucionario como el chavista está desde un principio condenado a fracasar en sus pretensiones totalizadoras; más aún, el intento mismo de poner en práctica un proyecto semejante es de por sí una receta segura para intensificar el caos que ya aqueja a la

socialidad, tornándola finalmente inmanejable. Como la proverbial bola de demolición, privado de la capacidad de ‘totalizar’ la sociedad en una dirección populista la extraordinaria inversión de fuerzas estatales que un intento tan ambicioso y continuo requiere sólo puede dejar escombros a su paso—los espacios cívicos y las instituciones en ruinas de un paisaje por completo devastado—, sin ser capaz de reemplazar los fragmentos con un orden social, político e institucional viable. En lo que en el actual clima de post-verdad equivale a un efecto Humpty Dumpty (‘una palabra... significa solamente lo que yo elijo que signifique’), en esas condiciones más que a una mayoría numérica o a un conjunto grandioso y de apariencia unánime, la palabra ‘pueblo’ nos remite a ‘*mi* pueblo’, es decir, un conglomerado altamente tribalizado.

Para limitarnos al régimen chavista, cuando desde el Estado uno u otro personero del gobierno invoca al ‘pueblo’, lo que en este populismo de Humpty Dumpty está en juego es una obvia parcialidad pavoneándose ante la opinión pública como la encarnación del ‘todo’ y de la ‘mayoría’ sin que, en definitiva, nadie se lo crea.¹⁹ Lejos de formar parte de proyecto hegemónico alguno, lo que estas invocaciones realmente buscan es capturar con propósitos de gobierno un segmento del campo social interpellándolo como una parcialidad, i.e., como una tribu que, como tal, o al menos eso es lo que se espera, siempre se mantendrá atenta a los designios del Estado. Una tribu, vale añadir, que independientemente de si lograrlo es o no es en última instancia posible, este tipo de populismo busca mantener en un estado de disponibilidad permanente, siempre, en otras palabras, dispuesta cuando el Estado así se lo pida a movilizarse para ir a lesionar y aniquilar físicamente al enemigo.

19 En mayor o menor grado lo mismo, pienso yo, puede decirse de otros regímenes populistas contemporáneos en distintas partes del planeta los cuales, igual que el chavismo, al invocar al pueblo se refieren sin demasiados tapujos a una u otra parcialidad.

Los ojos de Chávez

Se ha dicho que para que la totalización tenga lugar la socialidad debe recolectarse a sí misma en torno y en referencia a una figura de identificación que, como tal, es, presumiblemente, la expresión más emblemática de esta totalidad, su reflejo especular más fidedigno. Es únicamente a través de la identificación mimética con una figura totalizadora que una masa heterogénea puede, aunque no más sea por un tiempo, cristalizar como un pueblo homogéneo y unificado, como tal capaz de responder a las interpelaciones, dictados y exigencias del Estado. Por lo tanto, la 'retirada de lo político' es también la retirada o el retraimiento de la figura. Ella misma un híbrido de neoclasicismo y de romanticismo, la figura de Simón Bolívar, máximo héroe de las guerras de independencia contra España y fundador, entre otras naciones, de la Venezuela moderna, ha sido, al menos desde hace alrededor de ciento cincuenta años, de manera indisputada la figura del pueblo/nación venezolano, como este pueblo/nación necesariamente se ve cuando se lo contempla como un todo sincrónico englobante. La efigie del Libertador está por todos lados: estampada en paredes, puentes y edificios, así como en la moneda nacional y representada una y otra vez en incontables retratos, bustos y estatuas ecuestres. Ocupa el centro de cada plaza central de cada urbe venezolana, sin importar lo grande o pequeña que sea, y su retrato cuelga de las paredes de todas las oficinas públicas desde donde observa autoritativamente a los visitantes ocupados en una u otra transacción oficial.

Desde hace mucho tiempo, los presidentes de Venezuela deben, literalmente, gobernar 'A la Sombra de El Libertador',²⁰ con un gigantesco retrato de Simón Bolívar ocupando todo el trasfondo cada vez que se

20 Este es el título del libro altamente hagiográfico que Richard Gott escribió sobre los primeros años del régimen chavista. Richard G. (2000), *In the Shadow of the Liberator: Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*. London: Verso.

dirigen a la nación, o, si no, al menos en un caso ampliamente conocido, mostrarse ante la población en grabados e ilustraciones apareado con éste como si los dos fueran equivalentes, con la figura del Padre Fundador y la del gobernante en cuestión representadas la una junto de la otra. Quizás la significación gubernamental de la figura de Bolívar nunca haya sido más evidente que cuando, durante el golpe de estado contra Chávez en abril de 2002, los voceros del pretendido gobierno transicional supuestamente se habrían dirigido a la nación sin que el retrato del Libertador, que habría sido deliberadamente descolgado de la pared para la ocasión, apareciera ocupando el trasfondo. Haya sido o no este el caso, lo cierto es que, según fuentes chavistas originadas después de que el golpe ya hubiera descarrilado, fue esta imperdonable omisión la que desde un principio habría sellado su fracaso de antemano.

En otro lugar he mostrado como la *'governabilidad monumental'* de Venezuela es la forma populista, intrínsecamente Jacobina, por consiguiente, genealógicamente hablando, revolucionaria de gobierno postcolonial que eventualmente cristalizó en esta nación a raíz de haberse independizado de España. Un montaje de 'monumentos' y de 'baile', reducida a lo esencial esta gobernabilidad populista consiste en la monumentalización de los representantes políticos o tribunos de la nación en la escena pública a imagen y semejanza de Bolívar. O, lo que por razones que sería demasiado complicado elaborar aquí viene a ser lo mismo, en su monumentalización como la encarnación de la 'voluntad general' que, muy en línea con el linaje Rousseauiano del republicanismo local, estos tribunos les atribuyen como su pretendido denominador común a las masas heterogéneas salidas de las guerras de independencia. Y todo ello, con propósitos de gobierno. Es solamente viéndose reflejadas como en un espejo en las figuras virtuosas de sus representantes como la encarnación monumentalizada en el estadio de la república de lo que supuestamente éstas poseen en común, es decir, su 'voluntad general', que estas masas heterogéneas pueden llegar a cristalizar

como un pueblo unificado, homogéneo, y, sobre todo, gobernable de la nación. Si digo que esta tradición venezolana de gobierno es intrínsecamente revolucionaria esto se debe a que lo que está en juego en su ejercicio es, cada vez, la fundación y refundación de la nación desde cero, o a partir del magma originario de las masas.

A fin de tener una idea más cabal de la ‘governabilidad monumental’ a la que me refiero, a la monumentalización de los tribunos habría que agregarle el ‘baile’ agitado de estos personajes. Sin excluir la actividad propiamente dicha, verdadero rito de pasaje en el Caribe Iberoamericano, aquí utilizo la palabra ‘baile’ para también referirme a todos los guiños libidinosos, apartados escandalosos, o proclamaciones exuberantes con los que estos representantes o tribunos se dirigen a las masas inestables que son sus audiencias en el esfuerzo agonístico por conciliar lo ‘universal’ y lo ‘particular’ con el propósito de mantener durante el mayor tiempo posible a esas masas congregadas frente a ellos como un ‘pueblo’ gobernable.

Dicho de otra manera, la conversión de ‘masas’ ingobernables en ‘pueblo’ gobernable es la razón de ser de esta forma de gobierno donde lo que esté en juego es prevenir, por el mayor tiempo posible, la ‘retirada’ o reconversión del uno, es decir, el ‘pueblo’, en las otras, es decir las ‘masas’. Si desde la crisis de independencia hasta hoy esta ‘governabilidad monumental’ se ha mantenido vigente ello se debe a que las masas heterogéneas que irrumpieron en el espacio público republicano a raíz del colapso del orden colonial no han dejado de insistentemente asediar ese espacio. Esta ‘retirada de lo político’ aflige al republicanismo venezolano y a su ‘governabilidad monumental’ desde el comienzo mismo de la república, ya hace algo más de doscientos años. También es cierto, sin embargo, que mayormente debido a las circunstancias intensamente globalizadoras en las que se desenvuelve la política actualmente esta ‘retirada’ se ha acentuado drásticamente durante los años en que Chávez estuvo frente al Estado, y más aún después de la muerte precoz del gobernante.

Aun cuando pudiera parecer paradójico, un signo seguro de este precipitado retiro han sido los extremos hiperbólicos a los cuales el régimen chavista ha llevado el culto a Bolívar como culto oficial del estado venezolano desde que Chávez asumió el poder, con los funcionarios políticos del régimen a menudo apareciendo en mítines y otros eventos oficiales patéticamente empuñados por las figuras monstruosamente agigantadas de Bolívar y de otros héroes republicanos presidiendo desde el trasfondo. Quizás la expresión más flagrante de esta retirada de lo teológico-político son las vallas publicitarias con los ‘ojos de Chávez’ que el régimen diseminó por toda Venezuela a lo largo de autopistas, en escalinatas públicas, y otros lugares a raíz de la desaparición física del mandatario. Evocando una aparición sobrenatural, en estas vallas los ojos del mandatario extrañamente figuran por sí mismos enmarcados dentro de un rectángulo a su vez encerrado dentro de un segundo rectángulo y con la firma del mandatario a menudo estampada debajo de la representación.

Si bien es cierto que la soberanía ha sido desde siempre un fantasma, una entidad completamente aporética cuya sola existencia, tal como Michael Naas ha argumentado a partir de Derrida, surge de una confusión entre ‘lo que debe ser y lo que es, entre, por un lado, un *como si* performativo y, por el otro, un *como eso* constativo’ (*comme si, comme ça*), en el caso de los ‘ojos de Chávez’ el carácter fantasmático de la soberanía resulta irremediabilmente expuesto. Incluso si, en términos performativos, la intención del régimen al diseminar esta representación a través de Venezuela era la de salirse con un truco haciendo ver *como si*, después de su fallecimiento, Chávez continuara gobernando a Venezuela por así decirlo desde la tumba, la verdad sin embargo es que esta representación carece de toda verosimilitud.

En lugar de ser como si los ojos del gobernante muerto fueran *como eso*, es decir, el símbolo adecuado de la ascendencia continuada del gobernante sobre Venezuela lo que en toda su inquietante extrañeza y

sobrenaturalidad perturbadora los ojos de Chávez sugieren es la completa irrelevancia del gobernante muerto para los asuntos *de* este mundo. Abstraídos del cuerpo del mandatario e inquietantemente suspendidos sobre el paisaje o desconcertantemente emergiendo de escalinatas públicas y otros sitios improbables, los ojos de Chávez simulan lo vivo solo para dejar claro que, habiéndose retirado del mundo, ya no son de este mundo. Al final lo que esos ojos desencarnados sugieren es que la figura teológico-política en el tapiz de la Venezuela postcolonial está rápidamente desdibujándose, dejando a su paso un tejido incierto lleno de agujeros, desgarraduras y discontinuidades.

Dominación sin hegemonía

La respuesta del régimen a toda esta catastrófica ‘retirada de lo político’ es el ‘dominio sin hegemonía’ según el cual el chavismo insiste en mantenerse en el poder a pesar de haber perdido la mayoría. En efecto, el régimen chavista ha desarrollado mecanismos de control que por un lado van desde

la corrupción masiva, la distribución al por mayor de armamento a civiles (los llamados ‘colectivos’), la implementación de una institucionalidad paralela existiendo en los márgenes del estado ‘burgués’ y sometida directamente al mandatario y la reescritura constante de las reglas del juego redefiniendo continuamente lo que es y no es legal, hasta, por el otro, la criminalización sistemática de los personeros de la oposición, la negación de recursos a gobernantes y alcaldes opositores, el cambio rutinario de centros de votación y circunscripciones electorales y, finalmente, la decisión de poner la distribución de alimentos y la vasta riqueza mineral del país en manos del ejército, a su vez sometido a minuciosas formas de inteligencia monitoreadas por agentes cubanos.²¹ Aun siendo cierto que la invocación reiterada de las mayorías juega un papel retórico importante en el funcionamiento y la lógica política del chavismo, llamar democrático a un régimen tan unilateralmente predicado en el uso indiscriminado de mecanismos como los mencionados y no en ninguna supuesta mayoría numérica es estirar el significado de ‘termino ‘democracia’ hasta un punto en el que deja de tener sentido. Aunque exacerbados últimamente, muchos de estos mecanismos fueron puestos en obra casi desde los comienzos cuando el régimen chavista aun contaba con un apoyo mayoritario, pero debía operar en un terreno social altamente volátil e inestable y en relación a poblaciones altamente distraídas presas de deseos de consumo e imágenes globalizadas verdaderamente inagotables.²²

Como asome anteriormente lo que todo esto, en mi opinión, sugiere es lo mucho que desde un principio y durante mucho tiempo, cuando aún contaba con el apoyo de las mayorías nacionales, este régimen obedeció a dictados y lógicas que tienen poco que ver con el asunto de la democracia

21 Ver Claudio Lomnitz y Rafael Sánchez, ‘Antisemitismo Bolivariano’, *Nexos* 380, Enero 2009, para un desarrollo más sostenido de esta parte del argumento.

22 Si bien es posible que la mayor solidez comparativa de las instituciones liberales en los estados Unidos puede en fin de cuentas prevenir resultados tan catastróficos como los de Venezuela, tendencialmente al menos, el gobierno de Trump está similarmente animado por la intención de vaciar de contenido y dismantelar el orden liberal prevaleciente. Lo mismo puede decirse de otros regímenes populistas en diversas partes del mundo.

restrictivamente entendido como control electoral de las mayorías y sí, mucho, con el quiebre catastrófico de la representación política en el país durante la última década del siglo pasado y la consecuente incapacidad estructural del estado para totalizar el campo de lo social de manera efectiva y perdurable. Cuando de lo que se trata es de entender la lógica y el dinamismo íntimos de un fenómeno político como el chavismo resulta, por consiguiente, de poca utilidad evocar una situación donde, como supuestamente sería el caso de las ‘democracia iliberales’ analizadas por Zakaria, el estado contaría ‘democráticamente’ con el apoyo relativamente estable de las grandes mayorías como su fuente última de poder y legitimidad y como el medio perdurable a través del cual su espíritu, disciplinas y dictados serían transmitidos y perpetuados.

Muy alejado de cualquier situación semejante no es entonces, ninguna consideración acerca de la democracia, ya sea ésta ‘iliberal’ o de cualquier otra naturaleza, lo que mejor da cuenta de la naturaleza íntima del populismo chavista y su proyecto de erigir una máquina de guerra ideológicamente en función de un sujeto político—el ‘pueblo’ chavista—cada vez más tribalizado. Una vez más, para entender el chavismo como fenómeno político relativamente inédito en tiempos de alta globalización lo más importante es tomar en cuenta el hecho de que este movimiento político ha tenido que operar en el terreno altamente fracturado y volátil prevaleciente en Venezuela desde la década de los noventa. Terreno este en el que, valga la redundancia, más allá de las apariencias de devoción y unanimidad en mítines y otras manifestaciones convocadas por el estado, las masas son inherentemente elusivas y distraídas y ninguna instancia estatal es capaz de re-presentar de manera duradera a la ‘sociedad’ como un todo. Obligado desde un principio a lidiar con un terreno tan elusivo al régimen chavista no le quedó otra sino la de crecientemente relegar la democracia al estatuto de mera apariencia legitimadora mientras, simultáneamente, erigía una máquina de guerra capaz, a través del uso arbitrario del poder,

la corrupción masiva y otros medios de acumular todos los recursos políticos, económicos e institucionales necesarios para cumplir al menos dos funciones cruciales. Una, bloquear por anticipado la articulación de cualquier reto político viable surgido ya sea del interior de los partidos políticos y las organizaciones de la oposición o del seno del ejército. Todos esto, mientras el régimen celebra elecciones cada vez más fraudulentas a todos los niveles del sistema político. La apariencia si no, claramente, la realidad de la ‘democracia’ deben estar presentes si el chavismo va a retener un mínimo de legitimidad en el seno de las circunstancias globalizadas actuales, incluso si lo que se celebra como tal tiene una relación cada vez más tenue con cualquier idea de democracia posible.

La máquina de guerra erigida por el régimen también debe ser capaz, esta es su segunda función, de continuamente dar caza y capturar a una fracción cada vez más reducida de las masas populares—ese terreno de dispersión incesante e ininterrumpida—a través de métodos sustancialmente no electorales tales como la distribución selectiva de recursos, la intimidación y el uso selectivo de la fuerza. Todo esto a fin de retroactivamente y muy a lo Humpty Dumpty reconstituir una y otra vez a esta facción como el ‘verdadero’ pueblo venezolano, como tal, capaz de responder a las interpelaciones y dictados del estado chavista. Ideológicamente posicionado por la máquina de guerra del régimen como dado de una vez por todas, ese ‘pueblo’ desde siempre chavista es, por definición e independientemente de cualquier evidencia, la vasta mayoría numérica que, presumiblemente, es el sujeto detrás de todas sus operaciones. Eso, ideológicamente hablando. En realidad, las cosas no pueden ser más diferentes. Constituido desde arriba por decreto como una obvia parcialidad pavoneándose sin que nadie, ni los mismos interesados, se lo crean como la encarnación de la totalidad, ese ‘pueblo’ no puede ser sino un conglomerado cada vez más tribalizado. En la era de la ‘retirada

de lo teológico-político', cuando las fuerzas del capitalismo global se han desencadenado prácticamente libre de ataduras político-teológica sobre el planeta, cualquier proyecto intrínsecamente 'político' debe de alguna manera postular retroactivamente algún sujeto semejante capaz, no importa cuán precariamente, de acumular y orquestar los recursos políticos, sociales, culturales y económicos necesarios para intentar totalizar un campo social que continuamente se le va de las manos. Por todas las razones avanzadas en este ensayo, debería resultar claro que, si por tal 'democracia iliberal' uno entiende un régimen relativamente bien consolidado, más bien que resultando en ningún régimen semejante un proyecto 'político' como el que caracteriza al chavismo, pero también a otros populismos contemporáneos, solo puede exacerbar todas las tendencias divisionistas y desintegradoras que ya operan en la socialidad, tornando ésta en un campo de batalla crónico sin ningún armisticio a la vista.

En tales circunstancias, si bien las invocaciones a la 'democracia' y al 'pueblo' por parte del régimen chavista no mientan, las mismas significan solamente lo que éste quiere que signifiquen, independientemente de ninguna verdadera mayoría. Sin importar cuán ampliamente uno entienda el término, llamar a un régimen semejante 'democrático' es a todas luces inadecuado. La decisión unilateral de la cúpula chavista de erigir en el 2017 una 'Asamblea Constituyente' capaz de ignorar el parlamento controlado por la oposición a raíz de ésta haber ganado abrumadoramente las elecciones es una de las muestras más recientes de ese populismo de Humpty Dumpty que el régimen tan insistentemente practica. Aun así, de esa decisión no habrá de surgir ninguna 'democracia iliberal' si por ello se entiende un régimen cuasi totalitario más o menos bien consolidado con apariencias 'democráticas'. Por los momentos, me temo que el escenario más probable sea más de lo mismo: una intensificación de la actual lucha civil, corrupción, violencia, narcotráfico y caos, con la oposición controlando

espacios de protesta democrática cada vez más ineficaces y el gobierno controlando ‘democráticamente’ el poder de fuego. En todos sus excesos, el chavismo prefiguró desde el comienzo tendencias que en la era de la ‘retirada de lo político’ operan por doquier; véase si no el asalto populista y humpty-dúmpico al liberalismo norteamericano.²³ Si la ‘democracia’ y el ‘liberalismo’ han de tener una oportunidad, deben repensarse en relación con esta ‘retirada’.

23 Un argumento de este ensayo es que, incluso si la supuesta solidez de las instituciones norteamericanas impide que esto suceda—la lógica inherente de un proyecto como el de Trump lo lleva en una dirección que, más allá de las diferencias, es similar a la del chavismo. Esto es, en la dirección de erigir una máquina de guerra y desmantelar el liberalismo.

Bibliografía

- Canetti, E. (1962). *Crowds and Power*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Gott, R. (2000). *In the Shadow of the Liberator. Hugo Chavez and the Transformation of Venezuela*. London: Verso.
- Guha, R. (1997). *Dominance Without Hegemony: History and Power in Colonial India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. London and New York: Verso.
- Lacoue-Labarthe, Ph. (1989). 'Diderot: Paradox and Mimesis'. En: Philippe Lacoue Typography. *Mimesis, Philosophy, Politics*. Stanford: Stanford U. Press 1989, pp. 248-266
- Lacoue-Labarthe, Ph. (1990). *Heidegger, Art and Politics: The Fiction of the Political*. Oxford y Cambridge : Basil Blackwell.
- Lacoue-Labarthe, Ph. and Jean-Luc Nancy. (1997) 'The Nazi Myth' En: *Critical Inquiry* 16 (Invierno)
- Lacoue-Labarthe, Ph. and Jean-Luc Nancy. (1997). *The "Retreat" of the Political.* *Retreating the Political*. London and New York: Routledge.
- Lomnitz, C. and Sánchez R. (2009) 'United by Hate'. *Boston Review* July-August.
- Lomnitz, C. and Sánchez, R. (2009) 'Antisemitismo Bolivariano'. *Nexos* 380 Agosto.
- Mounk, Y. (2008) *The People vs. Democracy. Why our Freedom is in Danger & How to Save It*. Cambridge: Harvard U. Pres
- Sánchez, Rafael. (2001) 'Channel Surfing: Media, Mediumship and State Authority in the Maria Lionza Possession Cult (Venezuela)'. En: Hent de Vries and Samuel Weber eds., *Religion and Media*. Stanford:Stanford U. Press.
- Sánchez, Rafael. (2006). 'Intimate Publicities: Retreating the Theologico-Political in the Chávez Regime?' En: Hent de Vries and Lawrence Sullivan eds., *Political Theologies. Public Religions in a Post-Secular World*. New York: Fordham U. Press.

- Sánchez, R. (2008) 'Seized by the Spirit: The Mystical Foundation of Squatting among Pentecostals in Caracas (Venezuela) Today'. *Public Culture Spring* 20(2): 267-305.
- Sánchez, R. (2016) *Dancing Jacobins. A Venezuelan Genealogy of Latin American Populism*. New York: Fordham U. Press.
- Vásquez Lezama, P. (2014). *Le Chavisme. Un Militarisme Compassionnel*. Paris: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Vásquez Lezama, P. (2016) 'Franklin Brito. El Cuerpo como Protesta'. *Letras Libres*. Abril.
- Wallace-Wells, B. (2017) 'The N. F. L. Protests and the Future of the Anti-Trump Protests'. *The New Yorker*, 25 de septiembre.
- Wood, J. (2017) 'Cramming for Success'. *London Review of Books*, Vol. 39, Number 12, 15 de junio 2017.
- Zakaria F. (2003) *Illiberal Democracy at Home and Abroad*. New York and London: W. W. Norton & Company.